

mente, cuando observa que el lazo de la sangre, (el *ius sanguini* de los internacionalistas), incluso entre padres e hijos, es un mero accidente si no lleva la eficacia de la fusión de sentimientos y de la unidad de aspiraciones.

Pero esta refundición semi panteística del espíritu de Ud. con el alma de Cuba, no se revela tan sólo en fervor martiano latente, sino, a la inversa, en los severos pero serenos juicios de Ud. contra lo más incompatible con los sentimientos y los ideales cubanos: o sea contra el españolismo recalcitrante. Calzadas con la firma de algún prócer cubano de las épocas históricas revolucionarias o simplemente autonomistas, esos conceptos de Ud. podrían parecer acusaciones despechadas de la rebeldía criolla. Suscritas por mí, por ejemplo, podrían ser tachadas de injurias a la "hispanidad". Pero firmadas por Ud., español sin exclusivismos, cobran todo el valor de verdades inconcusas, aplicables no sólo a la España de los tiempos de Martí, sino a la España de antier, de ayer y del presente; la España empecinadamente retrógrada, la de los clásicos gobernantes que jamás escarmentan ni se enmiendan, según ya dijo Estevez Romero.

¿Y contra cual España, sino contra ésta, se encendió Martí? Porque él no combatió al pueblo o más propiamente dicho, a los pueblos de la España geográfica; sino en rebeldía ardorosa, contra la España de los políticos groseros, de los generales conspiradores, del clero intrigante y embrutecedor, y de las demás clases reaccionarias.

Mertí abominaba de aquellos españoles de la España intransigente; y era bien justificable tal averción, producto lógico y naturalísimo de sus experiencias, de sus estudios, de su ardoroso patriotismo.

Para comprender, pues, el apostolado de Martí, para conocer y juzgar a fondo la grandeza múltiple de su personalidad extraordinaria, es indispensable sentir y pensar de acuerdo con la psicología de aquel carácter genial y humanísimo a la vez, maravilloso por sus ideas y por sus actos. Por ello, la crítica rigurosa, seca, con pretensiones pseudocientíficas de mera imparcialidad, no basta ni es aplicable para el estudio y la evocación de Martí. La figura y el apostolado de éste, necesitan de biógrafos no sólo inteligentes y duchos en labores literarias, sino dotados especialmente de fervor emotivo, de apasionamiento noble, de identificación cordial por los ideales, los principios y los sentimientos genuinos que florecieron en la personalidad y en la vida del gran cubano.

Seguramente buen número de estudiosos de Cuba consiguieron hablar, siguen hablando y hablarán de Martí, poseídos de ese entusiasmo fervido por gran parte de los ideales, los principios y los sentimientos característicos del Apóstol. Nadie como Ud., en cambio, sin haber nacido en este país, ha dado pruebas tan cabales, hasta ahora, de poseer y de practicar aquella identificación sustantiva con el espíritu de Martí. Por mucho que esta afirmación mía pueda doler a su modestia, yo quiero estamparla como un reconocimiento bien es-

pontáneo y merecido a las cualidades martianísimas de la inteligencia y de la conciencia de Ud.

Sin mis deberes diarios me lo consintiesen, y no temiera dar extensión desmesurada a estas impresiones, le diría mucho más en elogio cumplido de su obra y sobre determinados capítulos. Gran capítulo, por ejemplo, la estampa de la Madre de Martí. Ese estudio y el relativo al Padre, están concebidos y resueltos con visión y evocación insuperables. Y lo mismo diría de los capítulos en que resume Ud. cada una de las facetas ideológicas y literarias del Maestro.

Muy oportuno, ajustado y optimista, en fin, su Epílogo. En esas dos páginas hace Ud. algo más que resumir esencialmente las doctrinas de Martí: Proclama Ud., al unísono, sus propias y ejemplares aspiraciones, su confianza profunda en que, a pesar de todos los obstáculos, la bondad, la confraternidad y el progreso humanos, son, por fortuna, ineluctables. Con satisfacción íntima de mi parte, aliento en igual optimismo espiritual. Me felicito, pues, de honrarme con tan excelente y fraterna compañía.

Le abraza, su afectísimo

J. CONANGLA FONTANILLES

Noticia de libros

(Índice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras).

A ver, anotemos los libros y folletos que nos han llegado últimamente; son muchos, interesantes, útiles; agradecemos tanto su envío.

Envío de la Legación de Guatemala en Costa Rica:

El Núm. 3 del Año I, Epoca 2da., del *Boletín de Museos y Bibliotecas*, de que es Director Rafael Arévalo Martínez,

Los Núms. 4 y 5 del Tomo IV, Epoca III de la *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Guatemala*.

Flora Medicoguatemalteca, Apuntes para la materia médica de la Rep. de Guatemala, por José María Roque. Ilustraciones de Marcelina Vásquez y Prudencio Dávila. Tomo I. Guatemala, C. A. Julio de 1941.

Pequeño Diccionario de Voces Guatemaltecas, Guatemala, C. A. Novbre. de 1941, ordenadas etimológicamente por Jorge Luis Arriola.

*

En edición muy elegante, Pablo Neruda: *Un Canto para Bolívar*. Imprenta Universitaria, México, 1941.

(Cortesía del autor).

*

Samuel R. Quiñones: *Temas y Letras*. En la Biblioteca de Autores Puertorriqueños. San Juan de Puerto Rico, 1941.

Son 15 ensayos literarios. (Atención del autor).

Antonio Iraizos: *Libros y Autores*. La Habana, Cuba.

Lo señalamos. Son 34 certeros trabajos. (Obsequio del autor).

*

En una de las lindas ediciones de la Imprenta *La Verónica*, de Manuel Altolaquirre, La Habana, diciembre de 1941:

Jorge Mañach, Juan Marinello y Antonio Barreras: *Recordación de Alfonso Hernández Catá*.

*

Max Jiménez

Juicio de uno de los críticos mayores de pintura de los E.E. U.U.

Con motivo de la Exposición de Max Jiménez en la Zborowski Gallery de Nueva York, febrero de 1942.

(Traducción y envío de Modesto Huete, Alajuela, Costa Rica).

Tenemos aquí un pintor que a nadie le debe nada como no sea a sí propio y a su país. Sí, eso es, a su país. Porque el viejo axioma de que "el arte no tiene patria" está muerto. Es la tierra la que forma al hombre, del mismo modo que le da su sabor a la uva, al aire su fragancia, la belleza a la mujer. Pero aún más, es la tierra la que estructura el alma del artista, para siempre sujeta a las leyendas que prendieron su lumbre en los primeros días.

Discurrió la niñez de Max Jiménez entre los bosques de los gigantes dioses Toltecas, y la presencia de los dioses siempre deja sus huellas en el corazón y en el alma de los hombres. Y todavía mucho más en los predestinados que desde la adolescencia han hecho de sus sueños realidades o revivido sus recuerdos en la piedra y el lienzo.

Todo esto explica por qué Max Jiménez agranda sus figuras hasta darles proporciones estupendamente salvajes, bárbaras, lo cual no empece que más de una de estas imágenes al través de los siglos responda a la visión de Miguel Ángel.

Estos personajes de Jiménez, que rehusó llamar monstruosidades no son producto de la inventiva sino de la inspiración. Una monstruosidad sugiere siempre una deformidad: las figuras de Max Jiménez son eurítmicas, equilibradas y ostentan serena majestad!

A su rededor, el paisaje, no menos precioso que las imágenes mismas, las completa.

—o—

¡Desde luego Jiménez ha sido escultor! Como se percibe de la sólida plenitud del volumen de la masa. Esta escultura, que he contemplado, a su vez invoca a los dioses y nos recuerda la admirable y miserosa escultura de la Isla Pascual.

Ninguna concesión al detalle. Antes bien, un estilo que tan sólo a él y a los dioses pertenece. Y con todo, cuánta delicadeza, cuánta novedad en el colorido de su patria! Qué amplitud de horizontes, qué cielos tormentosos, tan impresionantes como exentos de emocionalismo dramático.

Un crítico miope dejó que se le escapara la palabra folklore.

Qué lejos de ser folkloriana la obra de Max Jiménez, que tiende hacia lo universal.

Ha hecho a la humanidad más grande. Y al contemplarla, en vez de sentirnos aplastados por ella, nos sentimos más grandes.

Michel GEORGES-MICHEL